

fragata inglesa *Undaunted*, que el coronel Campbell había mandado venir de Marsella, á ruegos del Emperador y en previsión de cualquier rozamiento con las autoridades francesas.

Napoleón ordenó el inmediato embarque en la *Undaunted*, cuyo capitán Usher y el coronel Campbell se pusieron á su servicio, de sus bagajes y parte de los coches. En espera de embarcar él mismo á la mañana siguiente, pasó el resto del día ocupado en redactar con los generales Bertrand y Drouot, y los comisarios extranjeros, algunas notas y documentos oficiales.

Por la tarde llegó de Tolón la fragata francesa *Dryade*, que arbolaba pabellón flordelisado y remolcaba el brique *Inconstant*, para que en él efectuara el Emperador la travesía. El capitán de la *Dryade* llevaba orden de escoltar al *Inconstant* á fin de prevenir el intento que, según rumores, tenían los piratas berberiscos de apoderarse de Napoleón y llevárselo cautivo á Argel.

El Emperador no quiso en modo alguno embarcar en el *Inconstant*, alegando que tenía derecho á una corbeta y no á un brique carcomido (1). Entonces el capitán Montcabrié le ofreció conducirlo á Elba en la fragata de su mando. Respondió Napoleón que no pudiendo efectuar la travesía en su propio buque, por no habérselo enviado, prefería navegar de igual á igual bajo pabellón extranjero que vencido y proscrito bajo el de los Borbones. En vano prometió el capitán Montcabrié no arbolarse pabellón alguno durante la travesía, tan sólo por complacerle; el Emperador se obstinó en la negativa, diciendo que había empeñado palabra con los ingleses y no le era posible retirarla.

Tal vez era premeditada esta determinación, temeroso de ser víctima de alguna arteria, de que le llevarsen á lejanas tierras ó de que fuese cierta la insinuación de la hostelera de la Calada.

El 28 por la mañana estaba dispuesto á embarcar, pero, como hubo calma, tuvo que permanecer en tierra y sufrió uno de sus frecuentes ataques de bilis, motivado, sin duda, por la fatiga y emociones del viaje, con más la mala digestión de un plato de langosta que tomó para almorzar (2). A las tres de la tarde escribió á María Luisa y al ponerse el sol embarcó en la fragata *Undaunted*, cuya tripulación le tributó honores militares. El general Koller y el coronel Campbell embarcaron al mismo tiempo y los otros dos comisarios se retiraron. El capitán Usher cedió su camarote al Emperador, quien se instaló allí con el general Bertrand, dividiéndolo en dos partes con una cortina.

Al día siguiente, 29 de Abril, á las siete de la mañana, favorecida por la brisa, la *Undaunted* zarpó del pequeño puerto de San Rafael, el mismo al que

(1) La corbeta era un buque intermedio entre la fragata y el brique. Constaba ordinariamente de cuatro mástiles incluso el bauprés y de 14 á 32 cañones. El brique sólo tenía dos mástiles y de 12 á 20 cañones.

(2) Carta de Bertrand á Meneval (Meneval, t. II, pág. 243); Fabry, pág. 63.

quince años antes arribara Bonaparte á su vuelta de Egipto. En aquel punto se cruzaban la aurora y el crepúsculo de su gloria. Se cerraba el ciclo de su vida.

Dos ó tres días de navegación le iban á llevar á la isla de Elba, en donde había de permanecer hasta el 26 de Febrero de 1815.

¿Cuál era y cuál es la isla de Elba, y qué hizo en ella el Emperador durante diez meses? ¿Qué vida pasó allí el hombre que, erguido el día antes sobre el pináculo del mundo occidental, vióse de la noche á la mañana convertido en algo así como soberano de Andorra ó de San Marino?

Poco se ha dicho sobre este período, casi enteramente olvidado, de la historia napoleónica, y no por falta de documentos, pues poseemos suficiente número de informes, relatos y notas oficiales, redactados unos por los compañeros del Emperador, y otros, por los celadores enviados por los gobiernos interesados en conocer sus acciones.

En rigor, estos documentos no constituyen un conjunto que pueda recibir la autoridad de un nombre prestigioso, y así resulta confusa la impresión que da cada uno de ellos, examinado aisladamente. Sin embargo, no es imposible reunirlos, clasificarlos, relacionarlos y compulsarlos.

Pero, en aquel entonces, sólo interesaba á las gentes lo que ocurría en Francia, y cansadas de tanto hablar del gran hombre, le dejan descansar en Elba para ocuparse nuevamente de él durante los Cien Días hasta Waterloo. Nadie pone atención en este período de la vida imperial y los historiadores lo tratan transitoriamente y de soslayo, como preparación á la escena final.

La isla de Elba ha sido hasta ahora simple palabra. No evoca ideas ni imágenes precisas, como Córcega evoca la casa solariega de Ajaccio, y Santa Elena la figura de Hudson Lowe. De las tres islas que vieron nacer, pasar y morir al Emperador, sólo se dejó de hablar de la de Elba.

La tierra que lleva este nombre, ¿es ancha ó estrecha, llana ó montañosa, árida ó feraz? ¿Acaso se sabe con exactitud en dónde está situada? En el Mediterráneo y basta.

Cuando desembarqué en la isla de Elba, llevaba, á pesar mío, el prejuicio de encontrar una triste y solitaria roca, semejante á Santa Elena; pero quedéme sorprendido al ver una tierra pintoresca y amena, cuya sola vista resarcía con creces del viaje.

Aún hay más. Esta isla, olvidada entre las olas, cuyo abrazo, por sutil que sea, separa más que centenares de kilómetros de tierra firme, estaba lo mismo, ó poco menos, que un siglo atrás. Cuanto allí llevó la vida moderna, no ha modificado ni la fisonomía de su naturaleza ni el aspecto de sus villas y aldeas. El vandalismo de la civilización perdonó sus raros parajes y dejó típicos sus vetustos paredones. Las mismas casas, los mismos caminos, las mismas piedras que vieron pasar al Emperador.

Leí las memorias de la época y encontré todos los lugares de que hablaban.

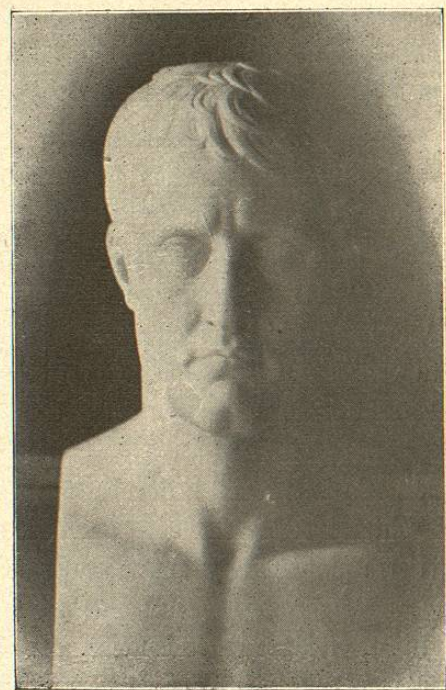
Hechos y sucesos conservaban su propio escenario, y los mismos nombres y las mismas familias recordaban las vicisitudes de la vida pública y privada.

¡Cómo se animaban y revivían los relatos que leí! No eran letra muerta en desconocida balbucencia, sino el pasado entero que ante mí se despertaba. Como si allí estuvieran, veía ir y venir al Emperador, ya un tanto metido en años, pero siempre infatigable y reservadísimo; á Madama madre, la vieja corsa; á Paulina, la dulce y hermosa Venus; á la rubia polaca Walewska; al regañón y fiel Bertrand, al prudente Drouot y al adicto Cambronne. Curiosa é imprevista se dibujaba la página de aquel reinado efímero, en donde se forjó, bajo el velo de marrullerías á lo Sancho Panza, el rayo de la vuelta.

En este libro he reunido todas las impresiones que yo mismo experimenté ó reconstituí.

PABLO GRUYER.

Marzo-Abril 1902 y Mayo 1904.



Busto en mármol de Napoleón, obra del cincel de Canova
(Museo Municipal de Ajaccio)



El golfo de Procchio, el monte Capanne y el monte Giove.

CAPÍTULO PRIMERO

LA ISLA DE ELBA

La isla de Elba y el canal de Piombino. — Desembarco en Porto-Ferrajo. — Una ciudad de ópera. — La *Teste di Napoleone* y el Palacio imperial. — La bandera del antiguo rey de la isla de Elba. — La biblioteca del Emperador. — Recuerdo de Victor Hugo. La primera frase del poeta. — Un entierro con antorchas. Caperuzas negras y caperuzas blancas. — En la paz del Limbo. — Diferentes carreteras de la isla. — El golfo de Procchio y la montaña de Júpiter. — Tarde tempestuosa y tristeza sombría. — Subida al monte Giove. — Una aldea en las nubes. — La ermita de la Virgen y la *Sedia di Napoleone*. — El viejo guardián de lo infinito. «¡Bastia, *signor!*» Visión sublime. — La costa oriental de la isla. Capoliveri y Porto-Longone. — La garganta de Montserrat. — Río Marina y el mundo de hierro. — Dos palabras de historia.

La isla de Elba está situada en el Mediterráneo, entre Córcega é Italia, y con las de Gorgona, Capri, Pianosa y Montecristo forma el archipiélago tirreno. Saliendo de Paris en expreso y pasando por Módena, Turín, Génova y Pisa, se llega á la isla en treinta y seis horas y dista sólo doce de Roma. Del ferrocarril de Pisa á Roma parte, á un tercio de vía, en las pantanosas llanuras de Maremmes, un ramal que desde Campiglia va á Piombino, puerto de embarque.